

Jaime Marchesi Ullastres

¡CUIDAD  
A  
LOS DÉBILES!

*Identidad cristiana laical y vida social*

ESTUDIOS Y ENSAYOS

← BAC →

PASTORAL

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2020

## ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN, por Mons. Javier Salinas .....	9
INTRODUCCIÓN .....	13
SIGLAS Y ABREVIATURAS .....	19
<b>CAPÍTULO I. Identidad cristiana y vida moral .....</b>	<b>21</b>
1. La credibilidad como cualidad .....	22
2. La identidad cristiana .....	24
3. La credibilidad del católico .....	27
<b>CAPÍTULO II. Los diez males que pueden afectar al creyente ..</b>	<b>39</b>
1. El olvido del espíritu evangelizador .....	40
2. El alejamiento de la perfección moral .....	41
3. El reduccionismo de la ética .....	43
4. El contagio social: la inclinación hacia el relativismo ..	44
5. El desdén por el conocimiento y el desinterés por la sabiduría cristiana .....	47
6. El afán de riqueza y el deseo de poder .....	48
7. La pérdida del sentido cristiano del trabajo .....	52
8. El peso de la ideología .....	56
9. El uso de un lenguaje poco comprometido .....	58
10. El debilitamiento del compromiso .....	59
<b>CAPÍTULO III. La cultura, el alma de la sociedad .....</b>	<b>61</b>
1. Concepto de cultura .....	61
2. La cultura como vía para transmitir el sentido cristiano de la vida .....	62
3. La cultura como camino para alcanzar la perfección humana .....	65
4. La cultura como aspiración a la fraternidad .....	67
5. La cultura como acceso al progreso .....	70
<b>CAPÍTULO IV. El desafío de una sociedad más humana .....</b>	<b>73</b>
1. El papel de las instituciones sociales .....	73
2. El éxito y el fracaso de las instituciones sociales .....	74

3. La importancia de la confianza .....	80
4. El católico y su relación con las instituciones sociales ..	80
<b>CAPÍTULO V. Hacia una economía que contribuya al progreso de todos.</b> .....	91
I. <i>La economía como campo de la actividad humana.</i> .....	92
1. La actividad humana .....	92
2. La actividad humana en el sector económico .....	94
3. Una economía ética al servicio del desarrollo de cada persona .....	95
4. La gestión ética de los recursos .....	96
5. Un sistema económico que haga progresar a todos ..	106
6. Economía de mercado e inclusión .....	112
II. <i>La construcción de una empresa realmente humana.</i> .....	117
1. La creación de empleo .....	119
2. Generar un entorno laboral estimulante para el trabajador .....	119
3. Lo que el trabajador debe hacer por la empresa ..	131
III. <i>El liberalismo y la crisis económica.</i> .....	136
1. El liberalismo como teoría social y política .....	136
2. Sobre el origen de las crisis económicas .....	140
3. Soluciones propuestas por los liberales .....	143
4. ¿Es el liberalismo la solución para superar las crisis económicas? .....	147
IV. <i>La globalización.</i> .....	150
1. Concepto .....	150
2. Beneficiados y perjudicados .....	152
3. Problemas éticos que plantea la libre circulación de mercancías, capital y personas .....	154
4. Soluciones para los que son perjudicados por la globalización .....	156
V. <i>Por un comercio con equidad.</i> .....	161
1. La dinámica del comercio .....	161
2. Las reglas del comercio .....	162
3. Criterios para una relación más justa .....	162
<b>CAPÍTULO VI. A favor de un Estado defensor de los débiles.</b> ..	165
1. El Estado como institución social .....	166
2. ¿Qué aportan las creencias cristianas a la gestión pública? .....	169

## PRESENTACIÓN

El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero [...]. Tan es así esto, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redunda también en la vida religiosa (GS 4).

Esta afirmación del Concilio Vaticano II se hace hoy más visible y concreta entre nosotros. De hecho, el papa Francisco insiste en que no vivimos una época de cambios sino un cambio de época (cf. EG 52). Nos encontramos ante nuevos desafíos que ofrecen oportunidades que interpelan a las comunidades cristianas en sus distintas manifestaciones. Estas son herederas de una historia de fe que tiene su razón de ser en desarrollar la misión de iluminar y dar vida, demostrar que el Evangelio de Dios, Jesucristo, es la luz que ilumina todas las realidades. Una misión que es propia de todo el Pueblo Santo de Dios configurado por pastores, laicos y consagrados.

En el corazón de esta nueva situación, el Espíritu continúa impulsando a este Pueblo y suscitando nuevas respuestas, tal como se hace presente en múltiples iniciativas evangelizadoras que manifiestan que la Iglesia es una realidad viva. Así, la celebración del Congreso Nacional de Laicos es una gran oportunidad eclesial para impulsar un laicado en acción con la vocación de llegar a todos. Este es el objetivo que señala este Congreso:

Impulsar la conversión pastoral y misionera del laicado en el Pueblo de Dios, como signo e instrumento del anuncio del Evangelio de la esperanza y de la alegría para acompañar a los hombres y mujeres en sus anhelos y necesidades, en su camino hacia una vida más plena<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> CEE, *Instrumento de trabajo para la preparación del Congreso Nacional de Laicos*, 2.

En realidad, siempre ha sido la hora de los laicos, aunque no siempre se les ha ofrecido la misma oportunidad de desarrollar su vocación bautismal, de manera que se reconocieran corresponsables en la misión evangelizadora de la Iglesia. Esta es la gran tarea del momento presente para superar el espíritu de lamentación o de pesimismo que se ha instalado en muchos y descubrir que en esta nueva situación que vivimos, el Señor nos ofrece una oportunidad para que ofrezcamos, desde la novedad, el Evangelio con todas sus consecuencias religiosas y humanizadoras.

En este nuevo contexto en el que nos encontramos presentamos este libro del profesor Jaime Marchesi Ullastres cuyo título hace entrever su intención fundamental: *¡Cuidad a los débiles! Identidad cristiana laical y vida social*. Un texto que parte de una afirmación radical que jamás hemos de olvidar:

En el encuentro vivificante con Cristo el creyente se ve impulsado a cambiar su modo de ser y estar en el mundo, haciendo que tanto las relaciones humanas como el funcionamiento de las instituciones sociales se desarrollen en el marco de las relaciones más genuinamente cristianas: la caridad fraterna, la justicia social, la responsabilidad y la solidaridad.

Es el fundamento, la raíz más honda del libro y su propuesta se orienta en la línea de aprender el arte de cuidar a los demás: de atender, dialogar y responder al otro. «Cuidar es velar por el bien del otro, convertir al otro en centro de gravedad de nuestra acción»<sup>2</sup>. Una manera de hacer realidad «el programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— que es un corazón que ve. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia» (*Deus caritas est*, 31)

Se trata de un texto muy oportuno, enriquecido con un diálogo amplio con quienes se ocupan de la reflexión entorno a los temas de la ética y moral social. Es de gran utilidad para una formación del laicado que nutra y amplíe los horizontes que deben guiar la acción de los laicos en la Iglesia y en el mundo y que tienen como tarea el

<sup>2</sup> A. D. MORATALLA, *El arte de cuidar* (Rialp, Madrid 2013) 71.

desarrollo de la persona como imagen de Dios, fundamento de su dignidad sagrada.

Invita a generar una actitud de diálogo con distintas formas de pensar y ver la realidad, fiel a la sabiduría que nos ofrece la Doctrina Social de la Iglesia, expresión del Evangelio en relación con las realidades humanas. El Concilio recordaba que los laicos

ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu evangélico de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero siendo propio del estado de los laicos el vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento (AA 2).

Frente a una visión de la vivencia de la fe desde una perspectiva marcadamente individualista o emotiva, actitudes propias de nuestro tiempo, este libro puede ayudar a descubrir que todos somos misión y que esta se desarrolla en la Iglesia y en el mundo, que la fe no puede separarse de la vida y que, por tanto, la mejor manera de hacer creíble el Evangelio, que la Iglesia ha recibido como el gran don que debe transmitir a todos es precisamente una vida renovada y transformada. Así, cada uno, apoyado en la fuerza del Espíritu, puede hacer realidad la invitación del Apóstol san Pablo: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5).

Esta es la propuesta que nos ofrece *¡Cuidad de los débiles!*, un texto tejido de orientaciones y líneas de acción que puede ser de gran valor para desarrollar la misión y vocación de todo laico, especialmente en el encuentro con personas y situaciones marcadas por el dolor, el sufrimiento, la injusticia... Nunca habrá que olvidar que «la Iglesia ha reconocido que la exigencia de escuchar este clamor brota de la misma obra liberadora de la gracia en cada uno de nosotros, por lo cual no se trata de una misión reservada solo a algunos» (EG 188). Por eso,

cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo (EG 187).

Una misión fundamental que se lleva a cabo en los ámbitos de la vida, especialmente en la vida familiar y social, y en las instituciones que acompañan y orientan la vida de los ciudadanos.

Esperemos que este libro tenga lectores. El esfuerzo realizado por su autor tiene un valor por sí mismo, cosa que agradecemos. Pero el texto estará huérfano si no es leído y comentado y así se convierte en fuente de nuevas acciones de presencia en la vida pública que tengan como clave la dignificación de la persona, especialmente de quienes están marcados por la pobreza, la injusticia o el dolor. Una tarea que viene a confluir con cuanto se propone el Congreso Nacional de Laicos, que realizaremos en este año 2020.

✠ Mons. JAVIER SALINAS  
Obispo Auxiliar de Valencia  
Presidente de la Comisión Episcopal  
de Apostolado Seglar

## INTRODUCCIÓN

El cristianismo es una religión que encierra una gran riqueza. Da sentido a la vida del ser humano en tanto que orienta su comportamiento en todas las áreas de su existencia. Pero es, sobre todo, una religión que posee potencial constructivo. La religión cristiana contiene unas creencias que tienen la capacidad de humanizar a las personas, haciéndolas más sensibles hacia lo que experimentan los demás. Este proceso de humanización impulsa al creyente a ir más allá de su interés personal situándole en lo que el otro necesita, siente o padece. Esto no lo hace como resultado de un esfuerzo intelectual al que llega a través de un razonamiento teórico de lo que debe hacer en cada momento. Es consecuencia de la relación viva que mantiene con la persona de Jesucristo, el cual le confiere una sensibilidad única tanto para colocarse en la perspectiva de Dios como para percibir las situaciones en las que viven sus semejantes. Las creencias cristianas tienen la capacidad de ensanchar el ámbito de nuestra acción humanizadora hacia aquellos que no forman parte de nuestro círculo familiar o de amistad. En el encuentro vivificante con Cristo el creyente se ve impulsado a cambiar su modo de ser y de estar en el mundo, haciendo que tanto las relaciones humanas como el funcionamiento de las instituciones sociales se desarrollen en el marco de los valores más genuinamente cristianos: la caridad fraterna, la justicia social, la responsabilidad y la solidaridad. El creyente podrá cambiar lo que es inhumano cuando viva todas las dimensiones de su existencia enraizadas en la persona de Jesucristo.

El capítulo primero aborda la relación entre la identidad cristiana y la vida moral. Cuanto más nos identifiquemos con Cristo y actuemos con fidelidad a su mensaje tanto más seremos creíbles. Somos creíbles en tres situaciones: cuando el estilo de vida que llevamos se ajusta al contenido del mensaje de Cristo, cuando no frustramos las expectativas que la gente ha puesto en nosotros y



cuando evitamos hacer daño a nuestros semejantes. En la credibilidad de las personas hay dos factores clave: lo que los demás ven en nosotros y cómo les afecta personalmente nuestro comportamiento. El testimonio deficiente de los creyentes puede tener dos explicaciones: una identificación no plena con Cristo o una interpretación mutilada del cristianismo que se practica en algunos aspectos de la vida personal, pero no en todos los ámbitos de la vida social. La razón que se aduce es que esos ámbitos concretos tienen su propia dinámica.

El capítulo segundo analiza los males que pueden afectar al creyente, alejándole así de la plena identificación con Cristo. Algunos tienen un tono marcadamente religioso (el olvido del espíritu evangelizador) y otros poseen un contenido moral (el debilitamiento del compromiso) o social (el peso de la ideología).

Al ser el cristianismo una religión constituida por un conjunto de creencias, el capítulo tercero aborda la cultura desde la perspectiva de la influencia de las creencias cristianas en la vida social. Más concretamente, el cristianismo transmite y da un sentido a la vida, anima a la perfección humana, fomenta la fraternidad y contribuye al progreso de la sociedad y del mundo.

El capítulo cuarto versa sobre la importancia que tienen las creencias morales para el buen funcionamiento de las instituciones sociales. Virtudes (como la prudencia o la justicia), principios (como el de humanidad o el de responsabilidad) y valores (como la libertad) son elementos esenciales para la edificación de una sociedad que tiene como meta la realización de todo ser humano. Todas estas categorías son relacionales. No se defienden únicamente porque se corresponden con lo que es bueno para mí. Con estas categorías se busca principalmente el bien del otro. Desde esta perspectiva relacional es como hay que entender la formulación genérica de la ley natural: «Haz el bien y evita el mal». La primera parte de esta máxima expresa la dimensión afirmativa o positiva del comportamiento humano. La segunda, la dimensión negativa, invita a no hacer daño a otros en sus múltiples formas.

El capítulo quinto está dividido en cinco partes. En la primera se examina lo que puede hacer el cristiano en el ámbito de la eco-

nomía. En su actividad económica el creyente debe centrarse en dos aspectos fundamentales: la gestión ética de los recursos y cómo el sistema económico debe fomentar la inclusión. La segunda parte se refiere a la institución económica más importante: la empresa. Si consideramos la relevancia que ha tenido y tiene para la Doctrina Social de la Iglesia el mundo del trabajo, esta parte se centra en la relación entre la empresa y el trabajador. Al tener en cuenta que la realización del trabajador depende de la forma en que la compañía se relaciona con él, es necesario partir de la idea de un contrato ético en el que las partes implicadas puedan ver satisfechas sus aspiraciones respectivas. Para el trabajador es importante su bienestar. Para la empresa es esencial su servicio a la sociedad, un servicio óptimo que le genere los beneficios suficientes para sobrevivir en el largo plazo. La tercera parte está dedicada a la interpretación liberal de la crisis económica y a la solución que el liberalismo propone para superarla. Considerando que cada vez son más periódicas las crisis económicas resulta pertinente preguntarse si lo que ofrece el liberalismo es la mejor solución para evitar, paliar o resolver este tipo de situaciones. La cuarta parte de este capítulo versa sobre la globalización: sus luces y sus sombras, sus aspectos positivos y negativos, las personas que resultan beneficiadas y las que salen perjudicadas. La última parte estudia el tema del comercio con equidad: cómo habría que plantear las relaciones con los países más pobres o débiles.

El último capítulo está dedicado al Estado. Se trata de un actor económico que, al igual que la empresa, gestiona recursos. Si hay algo que el católico puede hacer cuando administra los recursos es pensar en aquellos que en peor situación están. Cuando se quiere orientar la actividad estatal desde esta perspectiva es fundamental llevar a cabo cuatro tareas: establecer una red de protección social que impida que las personas caigan en la pobreza, facilitar el acceso a bienes tan fundamentales como la vivienda o la asistencia sanitaria, elaborar políticas de inclusión para los excluidos del mercado laboral y diseñar una educación o formación que dote a los miembros de la sociedad de las competencias necesarias para hacer frente a los retos del futuro.

Dos términos aparecen con mucha frecuencia a lo largo del libro. Son *humanización* y *débiles*. El primero se entiende en un doble sentido. Nos hacemos más humanos cuando dejamos que el espíritu de Jesús entre en nuestra vida y nos convierta en verdaderas imágenes de Dios. Y una vez que hemos sido transformados hacemos más humana la existencia de los demás cada vez que mejoramos la vida de nuestros semejantes. El segundo término es mucho más amplio que el de pobreza económica. Cubre una amplia variedad de situaciones que pueden darse en todas las etapas de la vida. Débil es el niño expuesto a cualquier tipo de abuso. También lo es el adolescente sometido al acoso escolar; el trabajador explotado en su empresa; el empleado que no encuentra un trabajo porque le han excluido por la edad que tiene; las personas que son débiles de carácter y que no perciben que son manipulados por los prepotentes; los individuos que se dejan fácilmente influenciar; las personas sensibles que se ven afectadas por las críticas de los demás; el inmigrante que se ve expuesto a todo tipo de rechazo; el anciano que no recibe la atención y el amor que necesita; el enfermo que no encuentra afecto en los demás, o el trabajador que, con las cualidades que tiene, no puede hacer frente al avance de las tecnologías. Se puede decir que débil es aquella persona que, por su situación o sensibilidad, sufre, en mayor medida y de forma muy negativa, el impacto de las acciones de sus semejantes. Con relación a estas personas es necesario practicar una ética del cuidado basada en la atención a su situación personal, a su sensibilidad, a sus necesidades y al sufrimiento que les pueda causar el comportamiento de la gente que encuentran a su alrededor. El compromiso con estas personas presenta tres imperativos: si actúas, usa la libertad para hacer el bien; si tienes que fijar normas de justicia, piensa en las necesidades de tus semejantes y evita todo mal que se les pueda causar; y si tienes alguna responsabilidad sobre alguien, vela, cuida y protege al débil, vulnerable o indefenso.

El libro está dirigido a los laicos. Implicados en las realidades temporales, les corresponde ser testigos del Evangelio como operadores de paz, justicia y amor. Como a toda persona bautizada, les compete hacer el bien y evitar el sufrimiento o dolor ajeno.

Esta debe constituir la primera y principal máxima de actuación del creyente que vive vinculado a Cristo y debe hacerlo siempre, cualquiera que sea el sitio o lugar en el que se mueva, pero teniendo presente en todo momento la realidad de los que son más débiles, desfavorecidos o empobrecidos de la sociedad.

Por último, mi agradecimiento al equipo de la editorial de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) por aceptar la publicación del libro, y a su director, Jesús Pulido, por las recomendaciones realizadas para el mejoramiento del texto.